

Tribuna abierta

# China, al asalto de la primacía mundial

POR  
**Luke Uribe-  
 Etxebarria  
 Apalategi**



**H**oy, 1 de octubre, se cumplen 70 años de la fundación de la República Popular de China (RPC). Durante estas décadas, China ha pasado de ser un país pobre y rural, a convertirse en una superpotencia global, disputando la primacía a Estados Unidos. Está determinada a ocupar un protagonismo preeminente en el escenario mundial que, desde su punto de vista, le debe la Historia. Quiere moldear el orden mundial para colocarse como el referente mediante la ocupación del vacío geopolítico que está dejando Estados Unidos para lo que está invirtiendo cantidades ingentes de dinero en diplomacia, armamento e inteligencia artificial. Cree tener oportunidades estratégicas para sí y para sus empresas. Y algo inquietante: con todo ello, desea legitimar su sistema político y de gobierno. A medio plazo, quiere dominar el mundo.

Hay quienes explican que toda esta evolución no es más que la culminación de un proceso de modernización revolucionaria de su "socialismo con características chinas", que comenzó allá por 1912 con la revolución republicana, continuó con la creación del Partido Comunista de China (PCCh) en 1921 y tuvo como instrumento estructural la creación de la citada República en 1949. A partir de ahí, se sucedieron treinta años de maoísmo con un radicalismo simplista y extremista malogrando su "sueño revolucionario" con el fracaso de su *Gran Salto Adelante*, que provocó una gran hambruna, y la despiadada 'Revolución Cultural', treinta años de la 'segunda revolución' reformista y aperturista con Deng Xiaoping; y otros 30 a partir de hoy día con la meta puesta en 2050 bajo el propósito de convertirse en un líder global con fortaleza nacional e influencia internacional. Y todo ello, bajo la batuta del nuevo *emperador rojo* Xi Jinping, el hombre más poderoso desde la época de Mao Zedong y donde el Partido Comunista de China no es que forme parte del sistema, sino que consti-



tuye el sistema mismo. Como rezaba el texto Manifiesto publicado, probablemente por altos dirigentes del PCCh en febrero del año pasado en el Diario del Pueblo, "nunca el mundo ha tenido tanto interés en China, ni la ha necesitado tanto", por lo que estamos ante "una oportunidad histórica" que "nos abre un enorme espacio estratégico para mantener la paz y el desarrollo y ganar ventaja". Los datos son ampliamente elocuentes. En 1949, el PIB chino era igual al que disponía en 1890. Era un país muy poblado, subdesarrollado y muy pobre. En 1978 era la 32ª economía del mundo. Desde 2010 es la segunda y desde 2014, según el FMI, ya es la primera en términos de paridad de compra. Desde 1979, más de 500 millones de chinos han salido de la

pobreza y su crecimiento medio anual del PIB se ha situado alrededor del 9 por ciento. Para 2020 pretende erradicar la pobreza extrema. Respecto a su impacto en el crecimiento mundial, entre 1961 y 1978 su contribución era del 11%, entre 1979 y 2012 ascendía al 15,9%, mientras que entre 2013 y 2018 ha representado el 18,1 por ciento. En 1952 el PIB chino ascendía a 30 mil millones de dólares, pero en 2018 esta cifra se elevó a los 13'61 billones, lo que supone un crecimiento cercano al 500 por cien. Frente a las dudas que plantea la globalización, curiosamente, entre los promotores de la misma, China se presenta hoy como el gran valedor de este imparable proceso, aprovechando el momento de la desgobernanza global y del desorden mundial. Ha multiplicado

su expansión internacional. Por ejemplo, mediante préstamos de su Banco Asiático de Inversión, inversiones con adquisición de propiedades en recursos naturales e infraestructuras a través de la nueva Ruta de la Seda, que llega a América Latina y al Ártico, la dedicación financiera a la diplomacia y el impulso al comercio internacional. Hasta la fecha, China ha firmado acuerdos comerciales con más de 230 países y zonas económicas, y se ha convertido en el primer socio comercial de más de 120 de ellos. "Está fijando estándares internacionales con la menor resistencia jamás vista", señala el instituto de análisis de riesgos políticos Eurasia Group. Y es que, hoy día, China genera más simpatías que Estados Unidos o que Europa en numerosos países, gra-

## Lo que Estados Unidos trata de evitar es que esa fortaleza económica le permita transformar el mundo a través de sus propias reglas impulsando otro equilibrio de intereses en la geoeconomía y en la geopolítica global

cias a su "no injerencia en los asuntos internos de otros países", frente a "las tradicionales exigencias occidentales de reformas políticas y económicas a cambio de ayuda financiera". Aunque eso sí, con el poder que le da un sistema opuesto a nuestras democracias y basado en un férreo control por parte del Estado de todos los órdenes de la vida de las personas en sus aspectos políticos, económicos, empresariales, sociales, educativos o culturales. Sus inversiones y avances en el ámbito de la Inteligencia Artificial son un claro exponente de su obsesión por la "vigilancia ciudadana", que le sirve para neutralizar a "sujetos o grupos molestos", que son detenidos y, en muchas ocasiones, condenados a largas penas de cárcel.

El auge mundial chino amenaza el liderazgo único de los Estados Unidos. China se ha convertido ya en su gran rival estratégico. Se trata de una confrontación en todos los órdenes: político, financiero, industrial, comercial, militar, tecnológico e ideológico. China ha avanzado mucho, aunque aún le falta un buen trecho para alcanzar a Estados Unidos en muchos aspectos. Por ejemplo, su renta per cápita alcanza los 9 mil dólares, frente a los 60 mil norteamericanos. De todas formas, es razonable afirmar que en las próximas décadas la economía china será más fuerte que la estadounidense teniendo en cuenta sus características territoriales y demográficas. Eso lo saben los norteamericanos. Pero lo que Estados Unidos trata de evitar es que esa fortaleza económica le permita transformar el mundo a través de sus propias reglas impulsando otro equilibrio de intereses en la geoeconomía y en la geopolítica global.

En su carrera hacia la grandeza mundial, a China no le faltan riesgos. Sabe que, si pierde el control de la economía, perderá también el control de la política. De ahí que, en toda esta empresa, las constantes apelaciones al orgullo nacional y a la épica del "sueño chino" sean permanentes. Además, está su potencial impaciencia, su situación demográfica y medioambiental, sus desigualdades sociales, su grado de corrupción que tradicionalmente sirve para llevar a cabo purgas políticas, la carga ineficiente que supone el intervencionismo estatal en las empresas y, finalmente,

las tensiones territoriales. Hong-Kong, Xinjiang, el Tibet o Taiwán representan la fragilidad del modelo político-territorial de China. De cara al futuro, Taiwán bien puede constituir el mayor problema. Las protestas de Hong-Kong están alimentando el soberanismo taiwanés, que rechaza con contundencia el principio de "un país, dos sistemas". Pekín trata de ratificar la validez incontestable del principio, pero la popularidad de los nacionalistas y soberanistas taiwaneses va en aumento. Ante esta situación, China parece incluso dispuesta a ir a la guerra para dominar el territorio y consumir la reunificación.

Y en todo este panorama, Europa ¿qué? Europa sigue debatiéndose en su dilema de sobrevivir y caer en una "plácida" decadencia. El mundo se dirige a un esquema G-2 con Estados Unidos y China como protagonistas.

Europa debe decidir si quiere ser la tercera pata del esquema convirtiéndolo en un G-3 o bien en derivar a ser en una colonia de Estados Unidos o en una colonia de China donde, a diferencia de lo ocurrido en los últimos siglos, no será generadora de las reglas por las que se ha de conducir el mundo, sino en obediencia cumplidora de las reglas que establezcan esas dos potencias. El egoísmo nacional de los Estados sigue siendo exasperante. No quieren perder soberanía en aspectos como, por ejemplo, las Política Exterior y la Defensa o la dimensión exterior del euro, que harían que Europa pudiera hablar con una sola voz y ser un actor global respetado y defensor de nuestros intereses, principios y valores basados en los Derechos Humanos.

Parece claro que tradicionalmente a Estados Unidos le interesa el dinero; a China, el control. ¿Y a Europa? ¿Preservar los Derechos Humanos? ¿Y qué debe hacer para ello? Desde Euskadi, tenemos que seguir defendiendo una Europa con esas hechuras propias, trasladando que somos los mejores aliados de una Europa unida pues aspiramos a una Defensa, a una Política Exterior y a una moneda plenamente europeas. Y, al mismo tiempo, continuar día a día fortaleciéndonos desde los puntos de vista institucional, industrial, tecnológico, social, cultural y poniendo al euskera a la altura de las principales lenguas utilizadas en el mundo. Eso sí, debemos demostrarnos, primero a nosotros mismos, de la necesidad de disponer de naturaleza e instrumentos de Estado, perfectamente compatibles con una Europa unida y conforme a sus valores y principios fundacionales del respeto y reconocimiento de los Pueblos europeos, como condición para ganar nuestro futuro y preservar nuestra supervivencia en un mundo global. ●